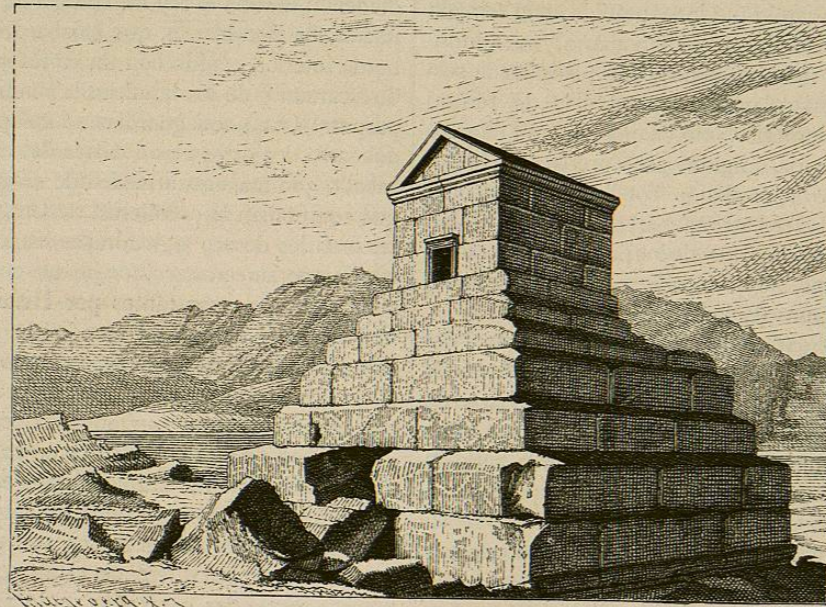


jes de diferentes pueblos del imperio. Sobre el estrado se levanta el baldaquino ó dosel que lo cubre todo, con bordados que representan leones y toros; en el centro el símbolo de la divinidad, el dios del Sol con alas; por la parte superior é inferior corre una guarnición de rosetones, y de esta última parte cuelgan además franjas, todo al parecer bordado de oro, sobre fondo de púrpura.

En el recinto del palacio vivía una gran multitud, sin contar los magnates que incidentalmente se hallaban en la corte, entre los cuales descollaban los llamados parientes del rey. Delante de los aposentos reales había funcionarios y miembros de la nobleza, aguardando las órdenes del soberano. Los que pedían audiencia eran introducidos por un *portero*, después que los mensajeros habían presentado la petición por escrito. Estos últimos eran personas de distinción, y es



Sepulcro de Ciro

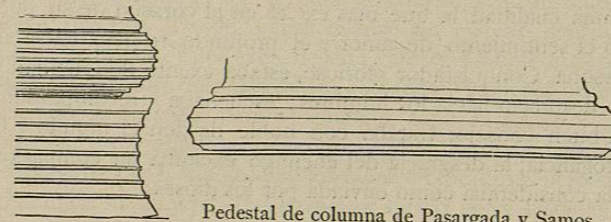
rey, en el momento de salir; naturalmente, el funcionario que llevaba el quitasol no se ve en los relieves que representan al rey en el interior del palacio, sentado en el trono, y en su lugar se ve otro con un pañuelo en una mano y un frasquito en la otra; tenía este la obligación de halagar de cuando en cuando los nervios olfatorios del rey; otro estaba encargado de echar polvos aromáticos, que llevaba dentro de un canastillo, en pebeteros de metal, especie de altar de fuego, delante del rey. Al lado del trono estaban de pie los funcionarios que llevaban el arco y las flechas del rey y junto á estos los otros cinco magnates del imperio. La dignidad militar mas alta era la del Coronador (que más tarde entre los partos se elegía de la régia línea colateral de los Surenas), especie de capitán general de los ejércitos ó condestable del imperio. En tiempos mas remotos existían otros altos dignatarios, tales como el Gran visir, el ministro de Hacienda, el del Interior, el Archimobed ó Jefe de los sacerdotes, que llevaba por distintivo un bastón largo é iba vestido de blanco, el Secretario particular, jefe de los escribientes y lectores, que redactaban los edictos en los varios idiomas depositando copias en el archivo real, y llevaban los anales que se conservaban en Ecbatana; el encargado de la mesa, gentil hombre de boca; el copero, el intendente de los graneros, el gentil hombre de cámara, el director del Tribunal de cuentas, el jefe de la bodega, el montero mayor ó halconero mayor, el comandante de guardias de corps, representado en un relieve de Persépolis con una hacha de guerra en la mano, y el caballero mayor. En tiem-

de suponer que no pocas veces oíría el rey su opinión respecto á la admisión del suplicante. Cuando el rey no concedía la audiencia, el mensajero lo participaba al solicitante. La introducción á la presencia del rey estaba confiada al *quiliarca* ó *canciller*, que precedía, con un bastón en la mano, á los embajadores extranjeros, según se ve aun hoy en los relieves de piedra de Persépolis, y como acostumbran en la actualidad no solamente los persas, sino los bajás turcos. Se conocen los nombres de varios de estos dignatarios mas próximos á la persona del rey; y Jenofonte cuenta en su historia de Ciro que, en el reinado de Astiages, el copero de este servía á la par de introductor en las audiencias. Los que acompañaban mas de cerca al rey eran el funcionario que llevaba el quitasol y el que manejaba el mosqueador; ambos se ven representados en las puertas de Persépolis, detrás del

pos de los Sasanidas había también un ministro de obras públicas. Un ejército entero de funcionarios de palacio, como los gentil-hombres del harem, los camareros del rey, los que anunciaban la hora, los que cuidaban de los huéspedes, caballeros, los encargados de los perros y otros llenaban los aposentos del castillo real. Cerca del rey se hallaba siempre el médico de cabecera, el cual era generalmente un extranjero, egipcio ó griego, pues la ciencia médica estaba muy atrasada en Persia, cuando se encontraba ya muy adelantada en Occidente. El mantenimiento de esta numerosa corte (la del último Sasanida se componía, según decían, de mas de 4,000 personas) causaba gastos inmensos y se supone que la comida diaria de la corte real costaba 40 talentos ó sean más de 200,000 pesetas. Aristóteles hablando del lujo de la corte persa, dice: «La magnificencia de Cambises, de Jerjes y de Darío llegó hasta donde pueden llegar la majestad y grandeza. El rey habitaba, en Susa ó Ecbatana, donde estaba el trono, invisible á las miradas profanas, un castillo maravilloso, en todo digno de él, rodeado de una muralla de circunvalación resplandeciente de oro, electro (composición de oro y plata) y de marfil, con muchos vestíbulos y atrios entre largos hipódromos, cerrado con puertas de bronce y defendido por altos muros. Delante de estos estaban los primeros hombres del país y los mas distinguidos, y junto á la persona del rey, los guardias de corps y los criados; los centinelas de los muros de palacio, los porteros y los «ojos y oídos» por medio de los cuales el rey, al cual llaman Señor y Dios,

ve y oye todo. Además, había allí los intendentes de hacienda, los capitanes del ejército, los conductores de perros, los recaudadores de los regalos y otros empleados.» El palacio-castillo contenía además de las riquezas en el amontonadas el mueblaje, armaduras magníficas, telas preciosas y objetos de arte; entre estos eran célebres en la antigüedad un plátano y una vid de oro, esta con uvas de esmeraldas y carbunclos indios, obra de Teodoro de Samos y regalo hecho á Darío por Pitios, hombre rico de Bitinia. Ambos objetos estaban en el dormitorio del rey.

La última expedición de Ciro, según Herodoto, fué dirigida contra los *masagetas*, los ascendientes de los *alanos*, que inquietaban la frontera nordeste del Imperio. Eran nó-



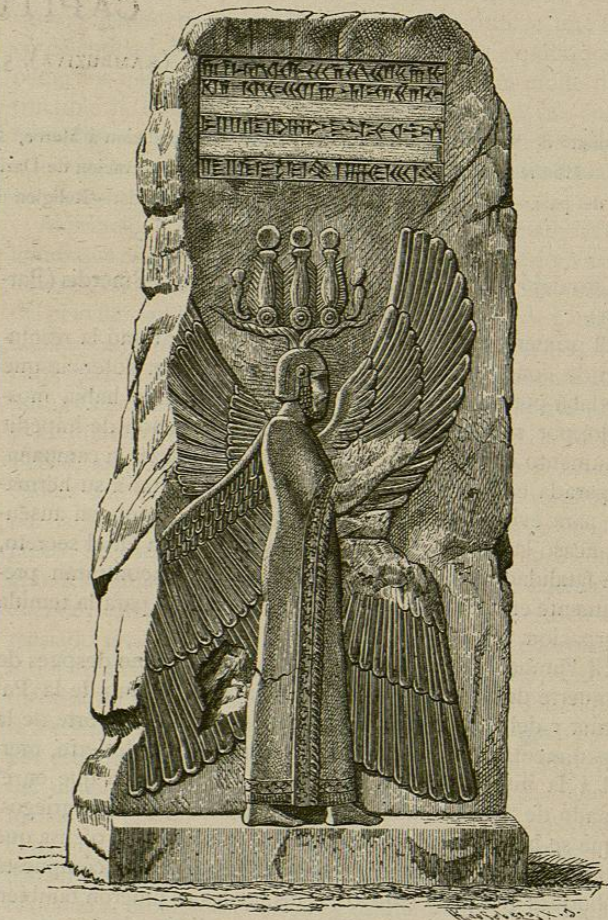
Pedestal de columna de Pasargada y Samos

madas valientes que, como sus vecinos los *derbicos*, mataban á los ancianos que les estorbaban en sus correrías, y los comían guisados con carne de cordero; sus armas eran el arco, el hacha y la lanza; adoraban al Sol y le sacrificaban caballos.

Ciro atravesó el Yaxartes y destruyó una gran parte del ejército enemigo, gracias á la estratagema de abandonar, bajo la apariencia de una retirada, su campamento, y volviendo después, encontró á los masagetas embriagados con el vino que había dejado con este objeto, é incapaces de oponer resistencia alguna.

Los persas sufrieron una derrota, según Ctesias, quien, como médico de Artajerjes II, tuvo ocasión de oír las tradiciones orales sobre los sucesos antiguos, muchas veces envueltos en fábulas; la campaña fué dirigida contra los *derbicos*, cerca de la India; los dos relatos, el de Herodoto y el de Ctesias, concuerdan en que Ciro fué herido en la batalla y que murió algunos días después. Jenofonte no hace mención de esta campaña y hace morir á Ciro en la Persia, habiendo sido avisado de este fin por un sueño; su cuerpo fué colocado en un sepulcro de mármol, que se ha conservado hasta hoy, en la llanura de Murgab, al Norte de Persépolis. Ya en los tiempos antiguos como en el moderno se ha impugnado que Pasargada hubiese estado situada en este paraje, por tres razones de gran peso; primera, porque Alejandro en su marcha desde la India llegó primeramente á Pasargada y después á Persépolis, debiendo por esto estar la primera al Este de la última. Esta razón pierde su fuerza, porque según se ve en los itinerarios de los geógrafos de la Edad media, el camino de Gedrosia pasaba por el Kerman de hoy, y desde allí pasaba al Norte del lago Bactega, hasta el valle de Murgab, antes de llegar á Persépolis; segunda, Plinio, apoyándose en el testimonio de Onesicrito, almirante y biógrafo de Alejandro, coloca á Pasargada en el lugar en que hoy está situada Fasa (en persa Besa), diciendo que se llega á Pasargada por el río Sitiogago (hoy Sitaregán) en siete días. Tolomeo fija también la situación de dicha ciudad al Sudeste, muy lejos de Persépolis. La objeción basada sobre tales datos, difícilmente puede destruirse; es posible que por Pasargada se tomara el asiento primitivo de los pasargadas, situado al Este de Persis. Tercera; dice J. Oppert que la construcción en forma de tejado de la sepultura de Murgab con sus dos fron-

tispicios, demuestra ser un sepulcro de mujer, como que la tradición ve en ella la sepultura de la madre de Salomón; pero precisamente la misma sepultura parece confirmar mas que ninguna otra circunstancia la identidad de Murgab y Pasargada; pues las descripciones del sepulcro de Ciro, hechas por los historiadores de Alejandro, están casi completamente conformes con la construcción de la tumba de Murgab. También muchas otras ruinas llevan el nombre de Ciro en caracteres cuneiformes. El sepulcro tiene 36 pies de alto y se compone de un pedestal con siete gradas gigantescas de mármol blanco y una cripta de 21 pies de largo, 17 1/2 de ancho y otros tantos de altura. Las paredes tienen 5 pies de grueso y rodean la cripta, construida con bloques colosales y larga de 10 1/4 pies, ancha y alta de 7. Una puerta de solo 4 pies de alto da entrada al sitio donde descansaban en un sarcófago dorado los restos mortales del gran rey. Las paredes estaban cubiertas de alfombras de Babilonia y junto al sarcófago había una silla con pies de oro. Sobre una mesa se veían objetos de lujo, espadas persas, collares, pendientes, vestidos, el arco, la espada y el escudo real. Una columnata que rodea hoy el edificio, parece haber sido sacada con posterioridad de otros monumentos antiguos, como igualmente una pequeña escalera que está delante de la grada mas inferior, y habrá pertenecido á un altar del fuego de allí cerca. La sepultura re-



Bajo relieve de Murgab

cuerda vivamente los templos con gradas de Babilonia, llamados Zigurat, que sirvieron de modelo para su construcción. Cerca del sepulcro hay una plataforma con restos de ruinas de un palacio, á saber, una columna lisa de 36 pies de altura sin chapitel, y cuyas compañeras han sido destruidas hasta el pedestal; ocho basas de pilares y tres jambas de puertas, todas con la misma inscripción, en caracteres babil-

lónicos, escitas y persas, y que dice: «Yo Ciro, el Rey, el Aqueménide»; sin duda una de las más sublimes de todas las inscripciones persas. Allí cerca hay *doce pedestales* que se parecen mucho a los del templo de Hereon de Samos, de modo que esto solo autoriza ya a suponer que Ciro hacía construir sus edificios por arquitectos griegos. Debemos tan solo notar que los pedestales de Pasargada son más antiguos que los de Samos, pues estos últimos datan de la restauración del citado templo en estilo jónico, y aun el antiguo templo dórico fué construido solo en el tiempo de Policrates. Delante de estos pedestales está el pilar con el relieve que representa un genio alado con la inscripción que más arriba hemos citado. Este relieve imita a las esculturas asirias y solo se distingue de estas porque lleva el adorno de la cabeza y los cuernos del carnero del Kenph ó Amon egipcio. Además de una torre de fuego cuadrada de 42 pies de alto, semejante a otra que se halla delante de las criptas de los reyes, cerca de Nakschi Rustam, hay en la parte situada más al Norte, un terraplen largo de 300 pies y alto de casi 40 y revestido con gigantescos bloques de mármol en bruto, igual a la plataforma del templo de Jerusalen; el pueblo le llama el trono de

Salomon. Estas ruinas son las únicas construcciones que el tiempo todavía no ha destruido completamente. De la época de Ciro solo tenemos un ladrillo de Senkerek en Caldea que atestigua los esfuerzos que él hizo para la conservación del templo que había en aquel pueblo con la inscripción siguiente: «Yo, Curas (Ciro) constructor de Bit Sagal y de Bit Sida, hijo de Kambuziya (Cambises) el soberano.»

Ciro mereció los elogios y la admiración que le dispensaron, no solamente su propia nación, que le llamaba padre, sino también los extranjeros. El sacó a los persas del estado semi-salvaje en que vivían en sus valles, despertó su ambición, desarrolló su talento y animó su espíritu guerrero. Superior a todos sus compatriotas en tacto político, sabiduría y genio, fué a la vez soberano y educador de los persas; siendo esta última cualidad la que más excitó en el corazón de su pueblo el sentimiento de amor y el profundo respeto hacia su persona. Conquistador glorioso, estaba exento de crueldad y de desprecio hacia los hombres; escuchaba y recompensaba un buen consejo; trataba con noble desden el orgullo y la arrogancia; la desgracia del enemigo excitaba su compasión y la consideraba como enviada por los dioses.

CAPITULO III

CAMBISES (KAMBUZIYA), 529-522.—DARIO I, 521-485

Asesinato de Smerdis.—Invasión del Egipto.—Expedición a Meroe, Abisinia y al oasis de Amon.—Desgracias del ejército.—El falso Smerdis.—Muerte de Cambises.—Muerte del usurpador y elevación de Darío.—Reconquista Darío una gran parte del imperio.—Organización interior del país.—Tribunales.—Castigos.—Idioma.—Moneda.—Religión de Zoroastro.—Monumentos del tiempo de Darío.

Ciro dejó dos hijos: Cambises (Kambuziya) y Smerdis (Bardiya).

El primero, apenas hubo subido al trono, tomó la resolución de conquistar el Egipto, como única gran potencia que quedaba por someter, y que desde largo tiempo había mostrado, por su alianza con la Lidia, su intención de impedir el aumento del poderío persa. Antes de empezar la campaña, preparada con gran tino y prevision, hizo matar a su hermano, para evitar una revuelta ó usurpación durante su ausencia, acaso larga. Solamente dos magos estaban en el secreto, y la fatalidad quiso que estos dos hombres encontraran precisamente en este asesinato oculto los medios para la temida usurpación.

El Faraón Psamenito acababa de subir al trono después de la muerte de Amasis. El rey de los árabes, vecino de la Palestina y del Egipto, facilitó camellos para el transporte de la impedimenta y de las provisiones al través del desierto, merced a la intervención de Fanes de Halicarnaso que en el reinado de Amasis había mandado los mercenarios griegos, y que se había pasado a los persas a causa de una ofensa que había recibido. La primera escuadra de los persas, compuesta de buques griegos y fenicios, a los cuales se unieron también los príncipes de la isla de Chipre, antes aliados de Amasis, se dirigió a lo largo de la costa hacia Egipto para impedir a los habitantes de Menfis utilizar la vía del Nilo.

El Faraón marchó al encuentro de los persas hasta el brazo pelusino del Nilo, donde fué vencido, después de un obstinado combate y rechazado hasta Menfis. Cambises envió un heraldo para entrar en negociaciones; pero los egipcios, contra el derecho de gentes, cometieron la imprudencia de matar al embajador y a su comitiva, y también a la tripulación del barco que los había conducido Nilo arriba, lo cual irritó tanto

a los persas que, después de la toma del castillo blanco de Menfis, mataron por vía de represalias al hijo del Faraón y diez egipcios por el embajador y por cada uno de sus compañeros. El mismo Psamenito, el cual al principio fué tratado por Cambises con mucha indulgencia y que debía, según parece, seguir gobernando el país como vasallo, se hizo sospechoso probablemente después de la vuelta de Cambises de la campaña contra la Etiopía, de que hablaremos luego, y fué condenado a una muerte cruel, haciéndole beber sangre de toro. Así se hizo el rey de Persia dueño del imperio de los Faraones que había existido algunos miles de años, y del país que tenía la civilización más antigua, cuna de todo cuanto constituye la perfección humana, ideas religiosas, ciencia, industria y artes.

Aunque ya antes de esta conquista el Egipto había ejercido la mayor influencia sobre las otras naciones por su comercio, habiendo llevado a los distintos países los productos de su laboriosidad, sus ideas, sus reglas de arquitectura y otras artes, todavía crecieron en importancia sus relaciones con el Asia desde el momento en que se vió obligado a dirigir sus miradas hacia la residencia de los Aqueménides.

Cambises trató a los egipcios de un modo muy prudente; procuró facilitarles la transición del antiguo al nuevo estado de cosas, respetó sus instituciones religiosas, cuyo ejercicio protegió con un celo y tino muy raros en el Oriente, y sujetóse a las ceremonias religiosas a que los Faraones estaban obligados. Hay una inscripción egipcia cuyo contenido desmiente las fábulas relativas a la ferocidad de Cambises, inventadas sin duda por los egipcios. Uza-horn-penres, sacerdote egipcio, que ejerció las más altas dignidades en los reinados de Cambises y Darío, y cuya estatua con su inscripción se conserva en el Vaticano, cuenta que, no solamente por orden

de Cambises fué purificado y restituido al culto el templo de Neith en Sais, que estaba ocupado por los soldados, sino que también el nuevo Faraón persa (como observó igualmente Herodoto) fué iniciado, lo mismo que todos sus predecesores egipcios, en los misterios de Neith, habiendo ofrecido sacrificios a Osiris, señor de la Eternidad, en la cámara interior del templo.

La conquista de Egipto incitó a otras, porque ninguna potencia de la tierra podía ya hacer frente a la persa.

Se armaron tres ejércitos para sujetar a la dominación persa, Meroe y la Abisinia, el Oasis de Amon en el Sahara y la república de Cartago. Esta última se salvó porque los fenicios que debían ayudar a su conquista con sus naves negaron su cooperación por ser Cartago una de sus colonias, y Cambises fué bastante prudente para no enajenarse la amistad de estos marinos. Desde Tebas avanzó un ejército contra el Oasis de Amon. Si el éxito de esta campaña hubiese dependido únicamente del valor de sus soldados, Cambises hubiera logrado su intento; pero el enemigo tenía el desierto y los elementos por aliados; el ejército llegó al Oasis (Charigeh) al cual Herodoto llama «isla de los bienaventurados;» pero continuando su marcha, fué envuelto, quizás entre Dachileh y Farafra, en un torbellino de arena. Cambises determinó separarse del camino recto en el valle del Nilo que forma desde Hierosciamos (Corosco) hasta Napata (Abu-Hamed) una curva cuyo lado cóncavo mira al Este, para atravesar dicho valle por una vía más corta; pero esta tiene pocos manantiales para una hueste numerosa. El ejército tuvo forzosamente que padecer muchísimo a causa del calor abrasador en medio de aquellos arenales; sin embargo llegó hasta Meroe y sometió hacia el Sur de esta ciudad algunas tribus de negros que fueron obligadas a entregar cada tres años un tributo en oro, marfil, ébano y niños.

En la retirada, una parte del ejército quedó sepultada por torbellinos de arena entre Premnis y Pselquis. La desgracia quiso que al volver el rey se celebrase una fiesta en Menfis, que Cambises atribuyó al júbilo que sus desastres causaban a los egipcios; y en un arrebato de cólera, hundió la espada en el muslo del toro sagrado Apis, que murió al poco rato. Ya antes en una expedición a Meroe, su iracundia le había hecho cometer un crimen. Tenía a dos de sus hermanas en su harem; una de ellas Atosa, fué después esposa de Darío, y la otra le acompañó a Meroe. Un día tuvo lugar una lucha entre un lobo-león y un perro joven, y habiendo sucumbido este, otro perro, su hermano, rompió la cadena, atacó al león y le venció. Cambises, viendo llorar a su hermana, le preguntó cuál era la causa de sus lágrimas, a lo que ella contestó que, al ver correr el perro al auxilio de su hermano, había pensado también en el suyo, en Smerdis, el cual había quedado sin venganza. Al oír esto, Cambises le dió al momento tal puntapié, que la mató, destruyendo a la vez con este acto brutal sus más dulces esperanzas de ser padre.

Poco a poco el recuerdo de las desgracias de su ejército, los remordimientos por el asesinato de su hermano y hermana, y el miedo de que se extinguiese con él la estirpe de Ciro, se apoderaron de su ánimo, y finalmente recibió entonces la noticia de que la rebelión que él había querido evitar matando a su hermano, había estallado, a pesar de eso. Oro-pastes, el mago a quien Cambises había confiado la administración de los bienes de la corona en la Media, se aprovechó de la larga ausencia del soberano, para volver el imperio al poder de los medos sus compañeros. Hizo creer que su hermano Gaumata, el cual se parecía mucho a Bardiya (Smerdis) era el mismo Bardiya, y lo sentó en el trono en Pisiyauvada en el monte Aracadris, intimando al mismo tiempo a los persas que lo reconocieran como hijo de Ciro.

Al recibir esta noticia Cambises se puso inmediatamente en marcha para la Persia; al llegar a Hamath en la Siria, supo que la rebelión había logrado su objeto, y presa de la desesperación de ser él mismo causa de su ruina, se suicidó (522).

Después de la muerte de Cambises, la dominación del mago Gaumata que pasaba por su hermano, parecía ser indestructible, sobre todo porque Prexaspes, que había ejecutado el asesinato del príncipe, negó su crimen por miedo; pero la circunstancia de sustraerse constantemente el rey a las miradas de la corte, excitó las sospechas de los grandes. Otanes (Hutana), sátrapa de Capadocia, tuvo noticia por su hija Faidime, que se hallaba en el harem de Gaumata, de que este en manera alguna era hijo de Ciro, y también Prexaspes, atormentado por los remordimientos, confesó en alta voz su crimen y se precipitó de lo alto de una torre.

Darío (Darayavus) que como pariente más próximo de Cambises, era el heredero legal del trono, penetró con seis persas nobles, Vindafrana (Intafernes) hijo de Vayaspara, Utana (Otanés) hijo de Tucra, Gaubaruva (Gobrias) hijo de Marduniya (Mardonio), Vidarna (Hidarnes) hijo de Bagabiña, Bagabucsa (Megabizos) hijo de Daduja, y Ardumanis, hijo de Vahuca (Oxo), en el castillo de Sicathauvati en el país de Nisaya en la Media (quizá cerca de Kermanshah), donde el mago Gaumata residía. Gaumata, después de haber luchado cuerpo a cuerpo con Gobrias, fué muerto a estocadas por Darío (10 abril 521). En varias poblaciones mataron los persas a gran número de magos, llegando a instituirse una fiesta en celebración de este hecho, que después de expulsados del poder los medos, contribuyó a fortalecer de un modo indestructible la dominación persa. Darío confirió a sus compañeros los cargos más altos del Estado; solamente Intafernes, atreviéndose a insultar con su arrogancia la dignidad real, fué condenado a muerte.

Al principio de su reinado, Darío tuvo que combatir las rebeliones que estallaron en todos los confines del imperio. Ya antes de su elevación al trono, en tiempo de Cambises cuya ausencia del país fué tan larga, y bajo la corta dominación de Gaumata, habían estallado desórdenes que se propagaron por todas partes; así dice una inscripción que existe en el monte Behistan: «Cuando Kambuziya hubo marchado a Mudraya (Egipto), el pueblo se sublevó; la impostura creció en la Media y Persia, así como en todas las demás provincias.» En todas épocas han intentado hacerse independientes los vasallos que por la gran distancia que los separa de la corte se creen seguros; los cambios de gobierno empero traen siempre consigo grandes agitaciones; y débese también tener en cuenta que, cuando Darío subió al trono, el imperio era una creación demasiado reciente para que pudiera considerarse consolidado.

La Armenia, la Media y Babilonia, antes muy independientes, no podían acostumbrarse a obedecer al soberano de la Persia, del cual hasta entonces habían hecho poco caso; y por eso Darío se vió precisado a reconquistar una gran parte del imperio, lo cual le costó nada menos que seis años de luchas. El mismo Darío nos ha dejado descritas aquellas luchas, que pusieron a los persas con frecuencia en graves apuros, en una inscripción en las tres lenguas perso-medea, escita y babilónica, esculpida en la peña de Behistan (Bisutun). Esta montaña, de 1,500 pies de elevación, se alza abrupta como una pared, y todo el valle abunda en ruinas, principalmente de la época de los Sasánidas. Darío hizo pulir una gran superficie de la peña, a 300 pies sobre el valle, para las inscripciones y las esculturas que presentan al mismo Darío puesto un pie sobre Gaumata vencido; detrás del rey están Gobrias el lancero, y Aspates (Aspatschana) el portador del arco y casco; detrás de Gaumata están con las manos atadas a la espalda y unidos unos a otros por una cuerda pasada al res-